

Síntesis de los Relatos Oficiales del XIX Congreso de FEPAL

*Myrta Casas de Pereda**

De los ocho relatos oficiales al tema central, Malestar en el Psicoanálisis, junto a los ocho relatos de los discutidores y los intercambios en el debate de los cuatro plenarios, surgen estas ideas para la síntesis final del Congreso. Los sintetizadores de los cuatro días del Congreso fueron sucesivamente: Cristina López de Cayaffa, Nadal Vallespir, Enrique Gratadoux y Sarah Cavagnaro de Britos.¹

Frente al malestar, una primera respuesta es el intento de ubicación, discriminando áreas del mismo, como son sus efectos en el analista, en las instituciones, en la teoría y la técnica.

Este primer efecto de subdivisión permite una observación más pormenorizada en las distintas áreas, habilitando una mayor profundización en la reflexión. Sin embargo, esta misma estrategia (científica) nos pone al borde de un riesgo, cual es el soslayar que el Malestar es consustancial al pensamiento psicoanalítico, nucleado sobre el inconsciente, sus efectos y el trabajo de la transferencia.

* Av. Gral. Rivera 2516, Montevideo, Uruguay

¹ **Lunes 3 de agosto.** Coordinador: Néstor Goldstein (Argentina). Sintetizador: Cristina López de Cayaffa (Uruguay), Relator: Ricardo Bernardi (Uruguay), Discutidor: Paulo Luis Rosa Sousa (Pelotas, Brasil); Relator: Galina Scheider - Ramón P. Fandiño Filho (S.P.R.J., Brasil), Discutidor: Arturo Oscar Sabez (Mendoza, Argentina).

Martes 4 de agosto. Coordinador: David N. López Garza (México), Sintetizador: Nadal Vallespir (Uruguay), Relator: Paulo Fernando Bittencourt Soares (Porto Alegre, Brasil), Discutidor: Beatriz Gallo (Córdoba, Argentina); Relator: Juan A. Cabanne, Héctor A. Petrucci (A.P.de B.A., Argentina), Discutidor: Carlos A. Crisanto (Perú).

Miércoles 5 de agosto. Coordinador: Paulina Volinsky de Hoffnung (Uruguay). Sintetizador: Enrique Gratadoux (Uruguay). Relator: Teresa Lartigue de Vives - Juan Vives Recabert (México), Discutidor: Nora Zambrano de Nava (Venezuela); Autor: Gustavo M. Jarast (A.P.A., Argentina), Discutidor: Paulo R. Sauberman (S.B.P.R.J., Brasil).

Jueves 6 de agosto. Coordinador: Guillermo Ferschtut (Argentina). Sintetizador: Sarah Cavagnaro de Britos (Uruguay). Autor: José A. Infante (Chile), Discutidor: Clara Uriarte de Pantazoglu (Uruguay). Autor: Paulo Duarte Guimaraes Filho (Sao Paulo, Brasil), Discutidor: Rómulo Lander (Caracas, Venezuela).

Publicado en XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis (FEPAL).
Relatos, Paneles, Foros, Tomo Y. R.B. Ediciones, Montevideo, Uruguay, 1992.

Por otro lado, en otro trípode que se sobreagrega al anterior, aparecen los factores causantes del malestar:

1. los factores extrainstitucionales que abarcan o aluden al contexto, es decir, todo el marco de la cultura y sus aspectos sociales, políticos y económicos;
2. los factores Institucionales, es decir, la institucionalización del psicoanálisis; y
3. por último, el analista, el ser humano y sus conflictos.

Propongo entonces reunir estos elementos en una estructura: imaginemos un triángulo cuyos vértices son el analista, la institución y la cultura, donde podemos ubicar:

- entre analista e institución, los problemas de la teoría y de la técnica y todo lo que surge como redes transferenciales y contratransferenciales en un contexto grupal: y allí lo Inevitable de la puesta en juego del narcisismo y su correlato, el poder del prestigio;

- entre institución y cultura, todo el abanico desde la permeabilidad al encorsetamiento negador de la realidad, dando lugar (entre otras cosas) a la organización de estructuras de poder; también aquí se ubican los arduos problemas de la difusión y extensión del psicoanálisis, así como las posibles o imposibles caracterizaciones de singularidades propias al psicoanálisis de América Latina;

- y finalmente, en la arista entre el analista y la cultura quedan ubicados los conflictos del hombre por serlo, por estar inmerso en ella; nuevamente la construcción de espacios de poder, donde alternan la libertad, la transgresión y la creatividad o la unificación como modelos predominantes.

Creo que de todas las ideas vertidas en torno a estos puntos que intentaremos pormenorizar vuelve a quedar de manifiesto la pregunta de hasta dónde los psicoanalistas del siglo XX-XXI podrán sostener la importancia del descubrimiento del inconsciente, manteniéndolo como tensión irreductible, o trabajarán cuidadosa y científicamente en su desaparición, ya sea en una lenta y progresiva resolución o alivio de dicha tensión Inherente a la división del sujeto, ya sea como esoterización o impregnación máxima de lo oculto, la desviación al misticismo.

Se vuelve, pues, necesario pensar-pensamos en este malestar fundante e ineludible que nos hace psicoanalistas, a su vez ubicados en el contexto latinoamericano.

La propuesta del tema central fue permitirnos el desafío de ubicar los malestares, de cuestionamos sobre los lugares establecidos, interrogar las comodidades unificadoras en el intento de volver a despejar las bases del pensamiento analítico.

Desafío porque en tanto latinoamericanos, más afectados que Europa y Norteamérica por el

subdesarrollo, el psicoanálisis no escapa a los males de los países más civilizados, aunque aún en paralelo la fuerza vital de la edad más joven en la cultura.

Un mismo punto es muchas veces tratado de manera opuesta por los autores de los relatos. Así, para algunos, el malestar es causado por la pluralidad y fragmentación de las teorías; mientras que para otros la pluralidad es vía de acceso a la convivencia en el psicoanálisis, ya que “la necesidad e imposibilidad de una conceptualización científica del psicoanálisis no son ni accidentales ni provisionarias: son de esencia (Castoriadis)”.

Para muchos el estallido de una teoría unificada es la fuente de malestar, mientras que para otros el riesgo mayor es el deslizamiento a una verdad única donde es necesario aceptar la ambigüedad. Para muchos autores es necesario volver la mirada a las ciencias naturales, abrir el psicoanálisis a la neurobiología, mientras que otros subrayan la radical diferencia en torno a que en las ciencias naturales se busca conocer un objeto, mientras que lo que está en juego en las ciencias humanas es el sujeto.

Para algunos autores es necesario contar con el malestar viéndolo como algo positivo, como promovedor de la creatividad e invierten la fórmula manejada, siendo la pluralidad teórica una consecuencia del malestar, no su causa.

Para varios autores (apoyados en Thomä y Kächele), el problema nodal es la endeblez de la metapsicología freudiana, en el sentido de que toman como emergente el cuestionamiento de los fundamentos científicos, epistemológicos de los paradigmas utilizados por Freud en su metapsicología.

Junto a esto también queda cuestionado otro de los supuestos básicos freudianos, como es la unión inseparable entre curar e investigar.

Sin embargo, para otros autores lo importante no es un aparato psíquico reproductor de la realidad, del desarrollo, o de las percepciones, o una extrema rigurosidad epistemológica, sino que lo que cuenta es concebir un aparato psíquico como perpetuo creador de sentidos, dando lugar a que la incertidumbre y el malestar sean partes inherentes a su esencia.

Se señaló que nuevas contribuciones “han ocurrido desde el inicio del psicoanálisis, seguirán ocurriendo y tendrán cabida dentro de nuestra ciencia, mientras se mantenga dentro de los fundamentos básicos de psicoanálisis”. En realidad son muy vivos y actuales los cuestionamientos de la teorización freudiana, sosteniendo al mismo tiempo el sujeto dividido que Freud nos lega.

Se traen los ejemplos señeros de M. Klein que introdujo innovaciones importantes a la teorización freudiana, sin preocuparse del sesgo metapsicológico y que a su vez dio lugar a nuevos e importantes desarrollos.

Para muchos autores es necesario integrar otras ciencias, nutrirse de los desarrollos de la cultura, acercar e integrar al psicoanálisis los movimientos espiralados del conocimiento: como ya se hizo con la lingüística, ahora la pragmática, o la neurobiología. Llamemos a esta actitud, una actitud centrípeta. Para otros, en cambio, es más importante la difusión, la salida del psicoanálisis hacia las demás ciencias, dándole a este movimiento el carácter de apertura e integración. Denominaría a esta segunda propuesta, como un movimiento centrífugo (pertenecer o asociarse a otros grupos, por ejemplo, como señalaban algunos autores).

Tal vez la necesaria afirmación del psicoanálisis transcurra en el sentido de lo centrípeto, sin que ello lesione o empobrezca.

Aparecen así pares de oposiciones: apertura o dilución, enriquecimiento o pérdida de los límites.

Otro elemento mencionado por uno de los autores es el deslizamiento al misticismo, a la sugestión, a las creencias y a la fe.

En este cotejo de opuestos aparecen dos grandes riesgos del psicoanálisis actual, como resultado de una oscilación pendular en cuyos extremos están, por un lado, la pérdida de identidad en el desdibujamiento de lo científico; y en el otro extremo, la riesgosa ubicación o asentamiento en la desmentida que mantiene la creencia, que se torna fe, responsable de los conocidos efectos de la sugestión a lo largo de la historia, la religión, la fascinación por lo oculto. El esoterismo como un efecto no elaborado de la indefensión que siempre tiene en el horizonte el dogma.

Entre ambos extremos debemos pensar en sostener la función de enigma, el campo de lo enigmático -como decía uno de los autores- que atestigua del inconsciente y de sus efectos, pero que no debe confundirse con uno de sus mecanismos defensivos, cual es la desmentida.

Por el contrario, esta función de enigma o de tensión irreductible es necesario hacerla jugar para obtener sentidos y entender algo de los efectos del deseo que circula anudando creación o síntoma.

La función yoica de desconocimiento o la desmentida conducen a las creencias y al misticismo, pero la angustia provocada en el sostenimiento de lo inconsciente también es responsable del intento de obturación por el saber, y allí lo científico se perfila como riesgo. Pero creo sobre todo que importa cómo hacemos trabajar nuestro conocimiento. Porque tanto una teoría como una creencia pueden funcionar como dogma y no debemos olvidar que la credulidad puede funcionar en par dialéctico con el escepticismo, promovedor tanto de ortodoxias como de estallidos.

Es necesario reconocer que “hay una dialéctica destinada a no ser resuelta, la división

consciente-inconsciente o la alternancia de la razón con el enigma emocional”, donde se señala la necesidad de tomar en cuenta que el psicoanálisis nace en la modernidad y actualmente su praxis se ejerce entre los replanteos de la posmodernidad; pero se acota también la idea de que en realidad el psicoanálisis debemos ubicarlo entre el modernismo y el posmodernismo, pues Freud en una total vigencia actual nos lleva a alejarnos de la convicción o la certeza y nos autoriza desde el vamos” a cuestionar nuestras teorías. No olvidemos que a la metapsicología la llamó “nuestra bruja”, y que sobre el final de su vida nos propone con su texto *Construcciones...*, alejarnos de la posible validez de su propio aforismo: “hacer consciente lo inconsciente”.

Son varios los autores que proponen estudiar la teoría psicoanalítica con métodos cuantitativos, realización de estudios extracéntricos, bien diseñados, estudios experimentales controlados, prospectivos, así como también se señala que “no se puede seguir confiando en impresiones subjetivas”.

Respondiendo a estas ideas, se propone la necesidad de reconocer que es “a través de un acto psíquico incierto, arduo de tolerar, compartido por analista y paciente, inasible para un observador tercero, neutro, donde reside la esencia misma de la comprensión psicoanalítica con todo aquello que ésta tiene de íntimo e inacabado”.

También la necesidad de rescatar nuestra praxis como “una experiencia única no reproducible, donde el terreno de lo básico no coincide con el ideal de exigencia de las ciencias de la naturaleza...”

No olvidemos que sostener invariantes que hacen al inconsciente como por ejemplo la atención flotante, producen malestar por no ser exactamente validables; es que precisamente los referentes básicos de nuestra praxis son los mayores promovedores de angustia y por ende de malestar.

También se señaló que en todo esto importa esencialmente el lugar en que se coloca al analista para poder aceptar nutrirse de lo diferente.

Creo que resulta evidente (y las buenas discusiones a lo largo del Congreso son un real testimonio) que es precisamente el cotejo el que nos enriquece y moviliza y ambas perspectivas contienen la inquietud abierta a la investigación y al cuestionamiento a la par de la necesidad de dar cuenta de los nuevos campos que se abren a la cultura. Porque por otro lado, sostener la postura psicoanalítica sin perderla, también requiere de renovadas conceptualizaciones, de resignificaciones que surgen desde el psicoanálisis mismo o que se nutre de los aportes de afuera de él.

Ambos movimientos apuntan en última instancia a incrementar los múltiples accesos a la verdad (de lo no sabido) ‘y permiten que el psicoanálisis nutrido y recontextuado pueda seguir

promoviendo efectos.

Hasta aquí el Malestar en el Psicoanálisis que abarca las tríadas antes mencionadas como estructura dinámica.

En lo relativo al malestar en el área de la organización humana en torno a la praxis, si bien las coincidencias son mayoritarias, también se perfilan diferencias. Creo que responden, en su esencia, a lo controversial señalado ya en la teoría.

Así, tenemos algunos autores que señalan que la institucionalización permite el desarrollo de la identidad analítica, pero que este hecho contiene en sí mismo los gérmenes de sus riesgos.

Se visualiza allí la misma dificultad de sostener el conflicto, que en el psicoanálisis era entre deseo y represión, quedando ahora plasmado entre la organización y la coagulación. El deseo de una institución legalizadora, por un lado, y el riesgo de la cofradía como instalación en la rigidez y la ortodoxia, por otro, generando persecución y luchas de poder.

Opuesto a este destino es la necesaria tolerancia a la incertidumbre ligada al pluralismo y al inevitable desorden que impone el pensamiento creativo. Esto apuntalado además, por una estructura no necesariamente categorial o verticalista, ni horizontal a ultranza, y donde surge de mucho interés el aporte de la noción de transversalidad de F. Guattari.

Una institución analítica con su instituto de formación que reconozca el valor de la incertidumbre se vuelve promotora por ello mismo de un cuidado y responsabilidad que guían en la búsqueda de nuevos caminos.

A la organización institucional le compete la tarea de llevar adelante la necesidad del cuestionamiento, la revisión crítica del pensamiento psicoanalítico para la posibilitación del avance de nuestra ciencia.

Pero esta tarea de la institución se ve seriamente amenazada por todo lo que no analizado en el analista se vuelve malestar en la institución y se abre la pregunta de si no son precisamente las instituciones el lugar privilegiado de resistencia al psicoanálisis (ideas vertidas en discusión plenaria).

Hay un verdadero consenso en el reconocimiento de la nefasta acción de la patología narcisista en los analistas que coadyuva en la instalación de las luchas de poder que “predisponen más a la actuación que a la investigación”.

La alternancia de lo creativo y lo sistematizador habilitan una espiral dialéctica en movimiento ascendente.

Por otro lado, es unánime la preocupación en torno a la psicoterapia para el futuro del psicoanálisis. La psicoterapia psicoanalítica, habiendo sido engendrada en su mayor parte por

analistas, retorna ahora como amenaza. Tomada primero como expansión auspiciosa en el ámbito de la psicología, se vuelve luego un motivo del desdibujamiento del psicoanálisis en ella.

La ampliación del campo de uso del psicoanálisis es una propuesta controversial y que aparece como causa de malestar en los analistas. Promovió reflexiones -no demasiadas- y creo que queda abierta una vía de álgido interés para la vida del psicoanálisis. Dejo planteada la pregunta de si no deberíamos aceptar mejor esa ampliación que nosotros mismos promovimos (fuera de la institución analítica y con vida propia independiente), uniéndola a su vez, a la necesidad de redimensionar y recontextuar cada vez nuestra propia praxis.

Pues creo que sólo con una rigurosa formación, el espíritu abierto a la investigación, aceptando la castración simbólica que nos devuelve nuestros límites, articulando en nuestro deseo de analistas la mayor disponibilidad de nuestra capacidad sublimatoria y creativa, podremos sostener la incertidumbre volviéndola palanca fértil para ejercer nuestra función, enfermando lo menos posible de la repetición sintomática.

Del mismo modo que el conflicto psíquico o la radical división del sujeto es responsable del malestar, la institución como sistema de referencia de la cultura que permite que la dimensión inconsciente encuentre su pleno reconocimiento, instala al mismo tiempo el espacio de la paradoja.

Se recrean allí, con creces, complejas redes transferenciales y contratransferenciales institucionales que se vuelve imprescindible reconocer permanentemente para no quedar atrapados en ellas.

Y dentro de esta necesidad de redefinir nuestra praxis, frente al psicoanálisis en el tratamiento de niños, adolescentes, pareja y familia, aparecen propuestas en algunos autores como ámbito que se necesita cubrir y que no entran en el psicoanálisis clásico. Sin embargo, los rigurosos aportes de cada una de estas áreas sobre su tarea, permiten pensar que estamos ante verdaderos desarrollos de los caminos abiertos legados por Freud.

Se agrega a esto la importancia del psicoanálisis en el campo de la Salud Mental, ya que el Malestar también pasa por las dificultades de sostener el enfoque psicoanalítico en los medios institucionales, ámbito de la psiquiatría, psiquiatría infantil, hospitales o instituciones para pacientes severamente perturbados.

En esta perspectiva, algunos autores agregan perfiles interpretativos del fenómeno. Surge así el temor al cambio que genera cierre y conocimiento paranoico. Y en esta línea se plantea la identificación con el agresor (las neurociencias) ocasionando una tendencia a explicar todo por la

psicogénesis. Esto implica, a su vez, no quedar fuera del discurso médico o científico, con el costo de alejarnos del discurso analítico, o modelo no médico como propone uno de los autores.

Otro efecto de este temor al cambio es el rechazo a todos los avances que necesariamente modifica nuestro contexto cultural.

En realidad el hombre es un permanente creador de utopías, sólo destruye una para poner otra en su lugar; no hay nunca un verdadero fin de las utopías, sólo mudanza de ellas. Las religiones llenan estadios porque el hombre necesita certezas que ninguna ciencia colma. Se propone así revertir el aforismo nietzscheano. Dios no ha muerto, lo contrario es una mera ilusión. Debemos cuidarnos frente a los antagonismos como Biología versus Psicoanálisis, porque ellos son en realidad fantasías totalizadoras presentes sólo en la mente tanto de unos como de otros. El psicoanálisis implica una búsqueda simbólica del sentido; eso y no más (ideas vertidas en la discusión plenaria).

Al psicoanálisis no se le debe pedir dar cuenta del mundo, sino tan sólo escuchar y habilitar un cambio.

Reitero, pues, la idea de que los mayores riesgos provienen del psicoanálisis mismo.

Creo que todos estamos de acuerdo en la necesidad de revisar las nociones freudianas en una postura desidealizadora o en el rigor que debe nutrir las posibles incorporaciones de otros conocimientos al corpus psicoanalítico.

Se menciona así, “redefinir el método”, “ampliación de la metapsicología”, etc. Tal vez sea necesario agregar que estos cambios deben surgir en esos procesos espiralados que entrecruzan avances y cuestionamientos y que aparecen naturalmente como necesidad de dar cuenta de lo que hacemos y que no sabemos que hacemos, pero que no debe venir como intención de solución a la tensión mencionada anteriormente o como aspiraciones de “estar al día”.

Pero es indudable que las idealizaciones nos asaltan permanentemente y tienden a hacernos dejar ese lugar de la incomodidad que creó Freud, y con ello dar lugar a la aparición de una *Weltanschauung*. Riesgo denunciado por Freud desde el comienzo que no deja de acechar.

No olvidemos que en el momento actual y a la vuelta de los, tiempos positivistas, “la racionalidad -como señala I. Prigogine (²)- no puede seguir siendo identificada con la certeza ni tampoco la probabilidad con la ignorancia”. Y aún desde las leyes de la Naturaleza, lo sorprendente de las opiniones actuales es que dichas leyes “se expresan por la inestabilidad, el azar y la irreversibilidad”.

² Ilya Prigogine: *Enfrentándose con lo irracional* En: Proceso al azar. Tusquets editores.

El mundo como escenario de transformación incesante, un universo evolutivo, nos ubica ante una realidad que no puede ser devuelta como identidad y creo que justamente estos últimos aportes nos dejan cierta tranquilidad de estar ubicados desde hace tiempo precisamente en la intranquilidad de un trabajo que es producción y transformación.

5 de Agosto 1992.

